

# mamita

M. R.

## EL CACIQUE LONQUIMAY

N° 17

20 Cts.



# *mamita*

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84 - D SANTIAGO

AÑO I. N.º 17.—Santiago de Chile, 9 de octubre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Suscripción anual \$ 9.—

## Premiados con 4 boletos para el Concurso de Navidad

### Adivinanzas de *mamita* N.º 12

Julio Herwagen K., Casilla 3665.—Julio Steinfort, Vicuña Mackenna 1347, Santiago.—Gloria Errázuriz P., Delicias 1902.—Antula Saldivar, Valparaíso, Playa Ancha, Santa María 138.—Sylvia Chamorro Kinnaird, Victoria, Casilla 36.—Olga Marchant, Casilla 503, Osorno.—Fernandina Vera Morales, O'Higgins 1518, Coquimbo.—Bernardo Watkins, La Serena, Casilla 69.—Eliana Flores Alarcón, Quirihue.—Eliana Lemus, Bascuñán Guerrero 1347.—Inés Arancibia, Bezanilla 1265, casita F.—Oscar Gutiérrez, Dávila Larrain 1708, Santiago.—Adriana Serey Evans, San Felipe, Las Juntas.—Victoria Henriquez Jeria, Escuela N.º 41, Lloleco.—Marta Tapia V., Catedral 2660, Santiago.—Luisa Villalón, Catedral 2660, Santiago.—Raquel Alvidez, Almacén Yolanda, Valparaíso.—Juan B. Muñoz, Curicó, Quilpoco.—Leoncio Van der Borcht, Lord Cochrane 178, C. 3.—Elíana Zúñiga Girard.—Gonzalito Díaz, Francisco Bilbao 366, Conchalí.—Ivy Valazzi, Villaseca N.º 60, Ñuñoa.—Cristina Miguel A., Casilla 116, Angol.—Roberto y Eduardo Pinto, Correo Barrancas, Santiago.—Leonor Delfan Sala, Delicias 2351, Santiago.—Alicia, Santiago Pinto 1617, Santiago.—Olga Flores Lapiere, Arturo Prat 1801, Santiago.—Lucía Salamanca, Longavi, Casilla 33.—Ester Tapia, Hontaneda 2802, Valparaíso.—Laura González, Recoleta 2119, Santiago.

RECIBIRAN SOLO LOS BOLETOS QUE SE INDICAN. PORQUE NO SOLUCIONARON TODAS LAS ADIVINANZAS

Eumelia Menonateau, Gálvez 841, Santiago, 1.—Luis Arce M., Monedada 1682, Santiago, 3.—Martha de la Cerda, Carrera 240, Santiago, 3.—Aurea Price, Las Cabras, El Durazno, 3.—Miguel Lastarria, Vergara 578, Santiago, 3.—María Eugenia Lastarria, Vergara 578, Santiago 3.—Ame-

(Continúa en la página 28).

# EL CACIQUE

## Lonquimay

---



**P**ARA saber y contar y entender para saber, éste que era un viejo que tenía una hija muy hermosa; pero al mismo tiempo muy rústico que no sabía lo que era ni plata ni oro. Todos los días iba al bosque a cortar leña para vender en la ciudad, y con su producto traer comida para él, su mujer y su hija. Un día que estaba cortando el tronco de un árbol muy grueso, sintió que alguien se quejaba adentro y principiaba a echar sangre el árbol. Luego se le presentó un indio muy feo y le dijo:

—¿Qué has hecho que me has herido?  
Morirás por tu atrevimiento.

El viejo se excusó, diciendo:

—Señor, perdóname, pues soy tan pobre que vengo a buscar leña para mantener a mi mujer y a mi hijita única.

—¿Y es hermosa tu hija?—preguntó el indio.

—¡Oh! sí, señor—dijo el viejo—y mucho.

—Pues bien—repuso el indio—te perdono la vida si, en cambio, me das tu hija para casarme con ella; y si no, morirás en el acto. Dentro de ocho días te presentarás aquí con la contestación, y si la niña no quiere, tú vendrás para decírmelo. Para esto—le dijo—abre el tronco de este árbol, saca toda la plata que quieras y llévala a tu mujer y a tu hija.

El viejo cortó el árbol, y dentro halló tantas onzas de oro que cargó su burro con ellas y las llevó a su casa. Cuando llegó, su mujer y su hija, que le estaban esperando, le preguntaron por qué había

tardado tanto. El refirió el suceso del indio, y la niña dijo que consentiría en casarse para que su padre no tuviese que sufrir nada. Entonces les vació todas las onzas que traía.

—¿Qué es esto?—dijeron ellas—. ¿Qué medallas son éstas tan bonitas?

—Será bueno que las vendas a vender, padre—dijo la niña.

El viejecito se fué a la ciudad lleváudo su oro, creyendo venderlo; pero allí le dijeron que eran onzas, y que con ellas podría comprar muchas cosas. El compró comida y vestidos para su familia, y volvió muy contento a su casa.

Cuando se cumplieron los ocho días, tomó el viejo su hacha y su burro y se fué al bosque. Dió algunos golpes de hacha al tronco del árbol y se presentó el mismo indio.

—¿Qué contestación me traes?—le preguntó.

—Mi hija consiente en casarse contigo—le dijo—muy gustosa.

—Bien—repuso—; pero exijo una condición, y es que las bodas se celebren a obscuras, y que ella nunca trate de verme, mientras yo no lo diga, o de lo contrario será perdida.

El viejo le dijo que bueno.

—Carga tu burro con todo el oro que quieras—dijo el indio—y compra todo lo que creas necesario para las bodas, que serán en ocho días desde hoy.

El viejo cargó su burro de onzas otra vez y volvió a su casa. La hija salió a encontrarle, y él le refirió todo lo que el indio había dicho, y ella consintió en lo que su novio quería.

Cuando se cumplió el término en que debía casarse, en la misma noche tuvieron



Se le presentó un indio muy feo y le dijo...

padrinos y madrinas; se sintió llegar una persona a la casa y se celebraron las bodas a oscuras. La niña vivió muy feliz, a pesar de que su novio la dejaba sola todas las mañanas. Todas las noches llegaba y ella le recibía a oscuras, y todas las mañanas había ya desaparecido.

Un día vino una vecina vieja a visitarla, y le preguntó cómo lo pasaba y si era feliz en su matrimonio. Ella le dijo que era muy feliz, y que estaba muy contenta. Después le preguntó cómo era su marido, si era joven o viejo, feo o buen mozo. Ella confesó que no sabía, porque nunca le había visto.

—¡Cómo!—la dijo la vieja—. ¿Te has casado y no conoces a tu marido? Esto no es posible.

—Sí—le dijo ella—pues así lo pidió antes de casarse.

—Niña—dijo la vieja—¿cómo sabes si tu



marido es un perro, o si es Satanás? Preciso es que lo veas. Toma este fósforo y no tengas temor ninguno; cuando tu marido esté durmiendo, ráspalo en la pared y verás quién es.

La niña lo hizo así. Cuando llegó la medianoche, raspó el fósforo en la pared y se puso a mirar a su marido, y vió que era tan hermoso que se quedó embelesada contemplándolo. No se acordó del fósforo y le cayó a su marido una chispa en la cara. Entonces él despertó, dió un manotón al fósforo, lo apagó y le dijo:

—¡Pícara, ingrata, quebrantaste tu compromiso! Has de saber que yo soy un cacique encantado, que poco me faltaba para salir de mi encantamiento, y ahora tendrás que gastar zapatos de hierro para ver al cacique Lonquimay, tu marido, pues muchas mayores son mis penas.

Y desapareció. La niña se quedó llo-

rando, muy pesarosa de haber seguido los consejos de la vieja, pues era ella la causa de todo. Cuando era de día, vino ésta a visitarla.

—¿Qué fué, hijita?—le dijo—. ¿Has visto a tu marido?

—Sí—le contestó—y mejor nunca le hubiera visto, pues era un cacique encantado. Y le refirió todo lo que él había dicho.

Se fué a la ciudad, mandó hacer unos zapatos de hierro, y se puso en seguimiento de su marido. Corrió muchas ciudades preguntando por el cacique Lonquimay, pero ninguno lo conocía. Cuando ya se acercaba al fin del mundo, llegó donde los vientos. El primero fué el viento Norte. Estaba allí la madre, y la saludó.

—¿Cómo le va, buena señora?

—Bien, buena muchacha—le dijo—; ¿qué andas haciendo por acá, cuando ni los parajitos llegan a estos lugares, pues a todo

el que llegare, mi hijo, que es tan guapo, se lo comería?

—Señora—le dijo la niña—, he recorrido todo el mundo en busca del cacique Lonquimay, mi marido, que me ha dicho que zapatos de hierro había de gastar para verle, y ya mis zapatos se están gastando.

—Yo no le conozco, hijita—dijo la madre del viento Norte—pero mi hijo es probable que le conozca. Te esconderás debajo de esta tinaja, y cuando llegue le preguntaré.

Luego se sintió el viento que venía, y cuando llegó, gritó:

—¡Hu-u-u-u! ¡A carne humana huele aquí!

—¿Qué carne humana vendrá aquí, hijito—dijo la madre—sabiendo que tú eres tan guapo que ni los pájaros asoman por estos lugares?

Pero él siguió gritando:

—¡Hu-u-u-u! ¡A carne humana huele aquí!

Su madre puso la mesa, y le dió de comer, y cuando se hubo saciado, le dijo:

—Tengo que pedirte un favor; di si me lo concederás.

—Hable usted, señora—repuso.

—Has de saber, que anda una pobrecita en busca de su marido, el cacique Lonquimay, y como tú eres tan corredor, sabrás donde habita.

—Que salga—dijo el Norte.

La niña salió de su escondite, preguntóle por su marido, y él respondió que no lo conocía, y quien debía conocerle era su compadre el Sur, que era más corredor que él, y que allá la llevaría. La niña se despidió de la madre, y ésta le dió una gallinita de oro con pollos y trigo de oro para que si tuviese alguna necesidad los vendiese.

El Norte la tomó en brazos, llegó don-

Carga tu burro con todo el oro  
que quieras...



de el Sur y la dejó allí. Cuando estuvo sola la madre, le dijo:

—¿Qué haces por aquí, buena muchacha, cuando mi hijo es tan guapo que si los pájaros llegasen a estos lugares, se los comería?

—En busca del cacique Lonquimay vengo, ¿no le conoce, señora? Pues su compadre el Norte, que me trajo, dice que ustedes tal vez me den noticias de él.

—Yo no, hijita; pero mi hijo es probable que le conozca; luego ha de llegar.

Y la escondió debajo de una tinaja. Al poco rato se sintió un gran ruido y gritos:

—¡Hu-u-u-u! ¡A carne humana huele aquí!

—¿Quién ha de haber, hijito, cuando ni las aves del cielo asoman por acá por miedo de ti, que eres tan guapo? Siéntate a comer y hablaremos.

Después que hubo saciado el hambre, le dijo su madre:

—Sabrás que tengo que pedirte un favor. ¿Me lo concedes?

—Hable usted y se lo concederé—contestó él.

—Ha venido aquí una pobrecita en busca de su marido el cacique Lonquimay. ¿Tú le conoces?

E inmediatamente sacó la niña.

—No, hija—le dijo—no le he visto yo; pero te llevaré donde mi compadre el *Puelche*, y es muy probable que le conozca.

Se despidió ella de la madre, y ésta le dió un aspa de oro para que la vendiese en caso de necesidad.

Llegó la niña donde el *Puelche* del mismo modo, encontró la madre, y cuando hubo llegado el hijo y dicho lo de los otros, contestó él:

¡Hu-u-u-u! ¡A carne hu-  
mana huele aquí!





—Quien debe conocerlo es mi comadre la *Travesía*, pues es más corredora que yo, y no deja lugar donde no se cuele.

Prometió llevarla allá, y la madre, al despedirse, le regaló un peine de oro, para que le sirviera en caso de necesidad.

Llegó donde la *Travesía*, y sólo encontró a la madre, quien la recibió con gran asombro y cariño. La niña le hizo las mismas preguntas y le contestó:

—Mi hija lo conocerá.

Y la escondió debajo de una tinaja.

Cuando llegó la *Travesía*, estaba tan enojada que causaba espanto. Pero después que hubo comido, la madre sacó la niña, que preguntó por el cacique Lonquimay.

—Sí—le dijo—le conozco y sé dónde habita; te llevaré allá. Vive preso en unas casas, cuidado por una vieja bruja que tiene una hija, y se interesa porque se case con

ella. Para este fin y que no lo vea nadie, y él tampoco a nadie, le hacen dormir bajo siete llaves.

—Toma—dijo la madre—esta palanganita de oro para que trates de atraer la codicia de la hija de la bruja, y se la vendas para que te permitan entrar a la casa del cacique; y a fin de que no tengan sospechas, te harás pasar por una tonta.

Efectivamente, llegó la niña a las casas y supo que dentro de cuatro días se casaba el cacique con la hija de la bruja. Se sentó afuera, junto a los jardines, y cuando, por su gran tontería, hubo llamado la atención de los sirvientes—pues estaba con el pelo por los ojos, se lavaba con barro y hacía muchas otras tonterías—ella sacó su gallinita y pollitos de oro y principió a darles el trigo. Los sirvientes, asombrados de ver tanta maravilla, se fueron corrien-

do a decirlo a su señorita, quien vino a verlo. Luego le dijo:

—Dame esa gallinita de oro.

—No—dijo ella.

—Véndemela entonces; ¿qué quieres por ella?

—Si me dejas entrar a la casa del cacique te la doy.

—Bien—dijo ella—entrarás allí.

Consultó a su madre, quién le dijo que dejara entrar a la tonta, que nada malo podría suceder. Abrieron las siete llaves y la dejaron entrar, mas antes habían dado al cacique adormideras en el vino de la comida; así fué que le encontró profundamente dormido. Fué ella a su cama, y le sacudió, le despertaba y decía:

—Lonquimay, despierta, yo soy tu esposa a quien dijiste que zapatos de hierro gastarías para verte. Ya se me acabaron los zapatos, y si no me reconoces, dentro de

Abrieron las  
siete llaves y la  
dejaron en-  
trar...



pocos días te casarán con otra, y ¿qué será de mí? Me moriré de pena.

Pero él no despertó del todo; sólo entre sueños le parecía que alguien estaba con él y le hablaba.

Al día siguiente la sacaron de allí, y ella se fué a poner otra vez al sol en los jardines; sacó su peine de oro y se peinó. Salió la hija de la bruja y trocó el peine bajo las mismas condiciones, y la misma cosa sucedió con el cacique. El tercer día sacó ella el aspa de oro y principió a devanar hilo, y pasó lo mismo.

El cuarto día sacó la palanganita de oro y se puso a lavar en ella, y otra vez la hija de la bruja se la quitó bajo las mismas condiciones. Mas ya el cacique principió a maliciar que algo extraño pasaba y que le daban algo a beber con su vino, y tuvo curiosidad de saber qué era lo que pasaba en su cuarto. Cuando le sirvieron

la cena, apenas quiso comer algo, y al tiempo de servirse vino, se lo echó todo en el pecho. Cuando entró la niña y principió de nuevo sus lamentaciones, diciéndole que si esa noche no la conocía sería perdida para siempre, pues ya no tenía con qué pagar su entrada a las casas y al día siguiente le casarían con otra, despier-ta el cacique, le da un abrazo y le dice:

—¡Ninguna ha de ser mi esposa sino tú!

Al día siguiente, celebró nuevas bodas con su esposa, y a la bruja y su hija las mandó quemar, las cenizas se las llevó el viento... y se acabó el cuento.



# Los Enanos y la Mina de Oro



---

Muchos años ha, invadió el país una numerosa horda de indios feroces y salvajes. El cacique, temeroso de que le arrebatasen a su bella hija, Edelina, antes de entrar en batalla con los invasores, hizo excavar una gran caverna en medio de una selva solitaria y, después de depositar allí abundante provisión de alimentos y antorchas, escondió en ella a la doncella.

Nadie tuvo noticias de su paradero, sino Diego, su prometido, que la acompañó al lugar secreto y cerró su entrada oculta, no sin haberle prometido ir en su busca, tan pronto como se ganara la terrible batalla. Por desgracia, sucedió lo contrario: perdióse aquélla; los indios dieron muerte al cacique y a sus soldados, y devastaron todo el país, asesinando a sus habitantes. Herido Diego, fué conducido por dos fieles servidores a una ciudad lejana, donde tardó mucho tiempo en curarse. Entre tanto, Edelina, llena de tristeza en la caverna, esperaba que viniese a abrir la puerta secreta, y viendo que la provisión de antorchas y alimentos tocaba a su

fin, decidió construir por sí misma un camino de salida. Mas, en vez de cavar en la debida dirección, hacíalo en la contraria, y de esta suerte hizo un pasadizo que llevaba a otra caverna. Encendida la última antorcha, entró en aquel nuevo socavón, y viendo en él un paso estrecho, le siguió y se encontró a la salida con una basta llanura subterránea, por la que corría un caudaloso río. Ardía en el fondo de la caverna un gran horno, alrededor del cual un enjambre de enanos afanábanse cavando y fundiendo oro.

—¡Matarla! ¡Matarla!, ha descubierto nuestra mina— gritaron irritados al verla.

—No,— dijo el rey de aquella furiosa caterva.— Ganaremos más conservándole la vida. Sabéis que acabamos de perder la rana traída del bosque, y necesitamos otro profeta del tiempo, para anunciarnos las lluvias que puedan inundar nuestra mina. Estoy seguro de que ésta lo hará. Mirad.

Y tocando a Edelina con una especie de varita mágica, la convirtió en rana. Trajeron después los enanos un vaso de cristal que llenaron de agua, y habiendo colocado del fondo a boca del vaso una escalecita, metieron en él a Edelina.— Ahora sabremos cuando vendrán las lluvias —añadió el rey de los enanos.— La señorita rana nos anunciará el buen tiempo



subiendo al último tramo de la escalera; y, cuando baje al fondo del vaso, indicará la venida de un temporal. Así quedó transformada Edelina en barómetro del tiempo para los enanos, y por cierto que desempeñó bien su oficio. Sucedió, pues, que cuando sobre la tierra llovía a torrentes, sin saber por qué, Edelina bajaba al fondo del vaso y allí se quedaba pegada. Al verla,



pensaban los enanos que obraba así movida de la tristeza que le causaba el haber sido convertida de mujer en rana; y cuando un día la lluvia inundó la tierra y crecieron las aguas del río subterráneo hasta apagar el horno y anegar la mina, arrepintiéronse los enanos de no haber creído a su indicador, y se dispusieron a huir de aquel lugar.

No quedaba en él ni un palmo de terreno seco, y así treparon al corredor abierto por Edelina y que con-

ducía a la caverna en que la había escondido su padre; pero, hallándola demasiado pequeña para encerrarlos a todos, una tarde abrieron un camino hacia la selva y buscaron un sitio bastante espacioso para poder vivir en él algún tiempo. Por fortuna, Edelina no quedó abandonada, y los enanos aprendieron esta vez a confiar más en sus indicaciones. Colocaron el vaso sobre unas angarillas y lo transportaron dos enanos por la selva oscura. Al tiempo mismo acercábase a la caverna el valiente Diego. No bien le divisaron los enanos, cuando dejaron caer el vaso y escaparon en precipitada fuga: salió Edelina de su prisión y de un salto se colocó sobre un hombro de Diego.

—Algo extraño sucede— pensó el conde tomando la rana con cuidado.

Entró en la caverna y buscó a la niña inútilmente, pues allí no había nadie. La rareza de la rana le había maravillado y en el momento de darle un beso, quedó el animal convertido en Edelina. Después de haber derrotado a los indios, Diego se casó con Edelina, y encontró en la mina de los enanos, oro suficiente para reedificar las ciudades y pueblos destruidos por el enemigo. De este modo, la aventura de Diego tuvo un éxito afortunado, y su pueblo vivió feliz en lo sucesivo.

## LA TORTUGA

Mi viaje es sedentario todavía. Y ahora si adelanto o si estoy detenida se ignora. Voy en mi lentitud, y el paisaje percibo; y entonces, ¡oh alegría!, mi lenta marcha avivo.

Mas veo que las cosas no cambian de lugar, y cansada, un momento me paro a descansar. Mañana partiré de nuevo: es mi destino.

Y parezco una piedra en mi propio camino

ABEL BONNARD

(Continuación de la página 2)

### Premios de las Adivinanzas

Illa Valderrama D., Carmen 881, Curicó.—Aída Valderrama D., Curicó, 2. — Fresia Muñoz G., Rancagua 143, Santiago, 3.— Elena Garrido, Colón 2342, casa 5, Valparaíso, 3.—Eliana Fernández, San Isidro 546, casa A, Santiago, 3.—E. L. L., Santo Domingo 1629, Santiago, 3.—Alberto de la Vega M., Casilla 4040, Valparaíso, 3.—Fernando Cabezas G., Olivares 1331, Santiago, 3.—Laura Labayru, Yungay 2747, Valparaíso, 3.—Mercedes Santos, Renaico, Casilla 13, 3.—Luis A. Santander, Manuel Rodríguez 728, Linares, 3.—Heriberto Salas, 2.—Eliana, Parral, 2. — Digna Theodulez, Dávila 759, Santiago, 3.—Martha de la Cerda, Carrera 240, 3.—Hilda Contador, Manuel Rodríguez 850, Santiago, 2.—Cristina Esponda, Colón 3056, Valparaíso, 3.—Marta Rivas, Casilla 123, Angol, 3.—Celmira Lapostol, San Alfonso, 3.—V. M. Fuentes, San Gerardo 1015, 1.—Beatriz Bravo H., Madrid 760, Santiago, 1.—Graciela Bianchi, San Bernardo, Barros Arana 737, 2.—Emilio Carranza, casa 133, Estación de Quillpué, 3.—Nelly Rubio, Maipú 1233, Concepción, 2.—Carlos A. Wilstermann, Renaico, 3.—Victoria Orellano S., Independencia 221, 2.—Inés Godoy, Lautaro 66, Angol, 3.—Oscar Bravo, Rancagua a Caletones, 1.—Laura Menchaca, Manuel Magallanes 1451, Ñuñoa, 3.—Eduardo Muñoz V., 2.—Hernán Troncoso, Lautaro esquina Bellavista, Linares, 3.—Flor Cerda, Banco de Chile, Temuco, 3.—Arturo Jevría, Correo San Antonio, 1.—Antenor Venegas (Elisa Venegas), Estación de los Ferrocarriles, Concepción, 2.—Ema Aspé, Principal 456, Cerro Yungay, Valparaíso, 2.—Mora Núñez, Escuela 36, Los Lagos, 2.—Elena Domínguez, Casilla 74, Cauquenes, 3.—Rosa Fierro Villegas, Puerto Montt, Casilla 62, 3.—María Urrutia, San Luis de Francia 1380, 3.—Olga Costella, Pedro Lucio Cuadra 160, Ñuñoa, 1.—Enrique Pizarro, Quillota, Casilla 230, 3.—Eugenia González, Casilla 48, Parral, 1.—Julio A. Peña Toro, Illapel, Estación, 2.—Norma A. Burgos, Vicuña MacKenna 599, 1.—María Núñez, Luis Ramírez S. 2305, Santiago, 2.—Máximo Núñez, Ramírez Sanz 2305, Santiago, 2.—Alicia Tapia, Casilla 103, San Felipe, 1.—Alicia Paiva, Rengo, 2.—Eliana Solar, Grajales 2350, 2.—Jorge Thibaut, Chiloé 1985, Valparaíso, 3.—Zulinda Correa L., 1.—Oliviera Silva, Correo Barrancas, San Antonio, 2.

## ¿Qué será?

Pino sobre pino,  
sobre pino, lino,  
sobre lino, flores,  
y alrededor, amores.

¿Cuál es aquel pobrecito,  
que se está anda que te anda,  
y no sale de su sitio?

Una palomita blanca y negra,  
vuela sin alas y habla sin lengua.

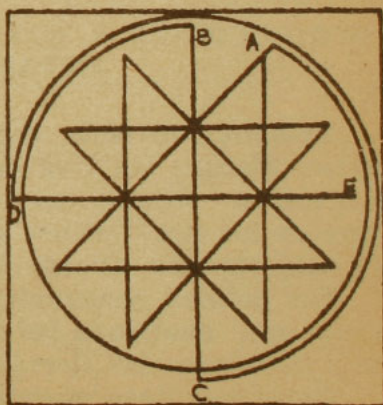
Blanca soy,  
entre verdes lazos nací,  
el que me mata  
tiene que llorar por mí.

## Soluciones a las adivinanzas publicadas en el N.º 16 de «MAMITA».

- I. LA VENTANA II. LA GRANADA. III. LA ESCOPETA.  
IV. EL TERREMOTO.

### Solución al Problema N.º 10

*SIN ALZAR EL LAPIZ. — Se puede realizar el dibujo con 12 trazos continuos. Empiécese en A y dibújese la estrella con ocho trazos, terminando en A. Luego, trácese una línea curva hasta B. y otra, recta, hasta C. La tercera, curva, llegará a D. El cuarto y último trazo será de D. a E. Total: 12. En el dibujo las líneas curvas aparecen un tanto separadas del círculo y las puntas de la estrella no tocan la circunferencia: es simplemente para que la solución sea más visible.*



C U P O N

*mamita*

M. R.

CONCURSO DE PASCUA

N.º 1

Una serie de 5 cupones  
dará derecho a 1 número.

### EL CANJE DE CUPONES

comenzó el 1.º de octubre.  
¡Empiece a juntarlos desde  
ahora!

Concurso de

Mapas Mudos de

*mamita*

M. R.

Obsequiamos 10 BOLETOS  
para el Sorteo de Navidad  
a cada niño que se haga  
acreedor a un primer pre-  
mio en nuestros concursos  
semanales, 7 al que obtenga  
un segundo premio, 5 al  
que merezca un tercer pre-  
mio y 3 a los que obtengan  
menciones honrosas.

### INSTRUCCIONES A LOS CONCURSANTES EN LOS MAPAS-MUDOS.

Coloque con tinta negra los nombres más importantes. Marque las ciudades con un punto y póngales su nombre. Dibuje con tinta o lápiz azul obscuro el curso de los ríos. Delinee las montañas con tinta o lápiz café obscuro. (Puede usar acuarela, si gusta).

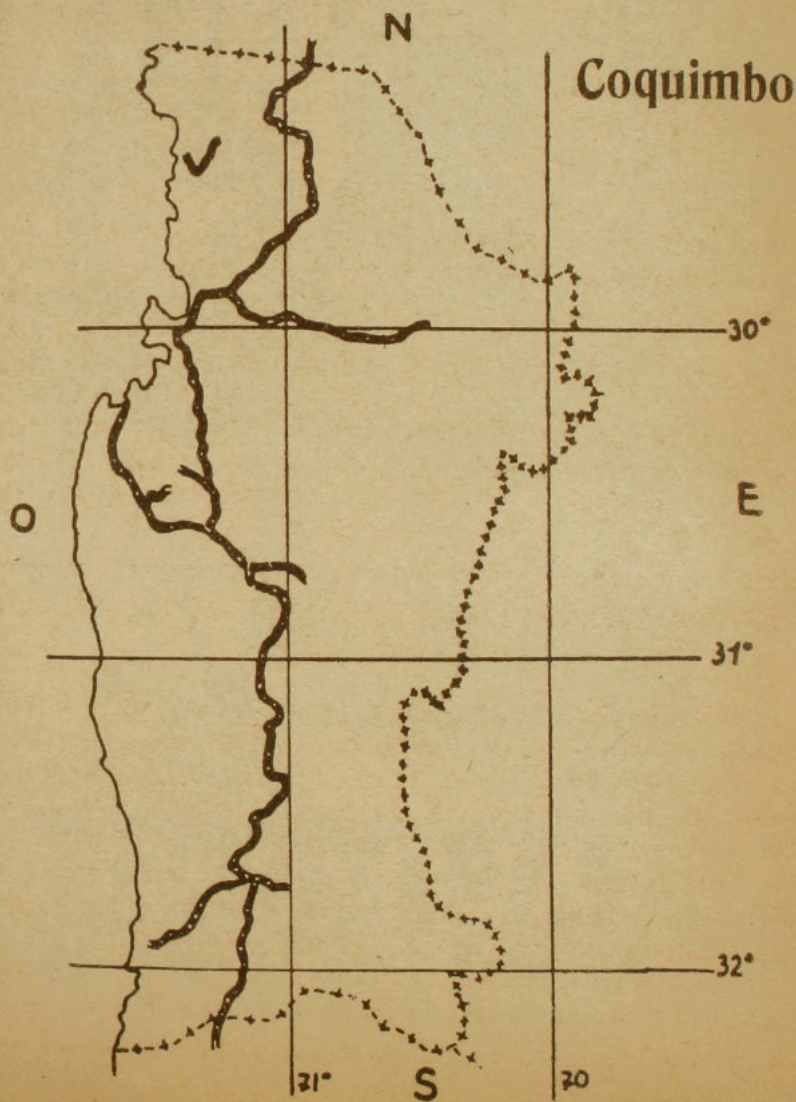
Los colores convencionales usados en todos los mapas son: azul para las aguas; verde para las llanuras y café para las tierras altas o montañas.

Trace con línea quebrada el límite de los departamentos en las provincias que tienen más de uno.

# APRENDA UD. A CONOCER SU PAIS

La serie de mapas mudos de las provincias chilenas le enseñará más que un curso de Geografía.

¡NO LA PIERDA USTED! LE SERVIRA





Co s t u m -  
b r e s c o l o -  
n i a l e s :

U n a t e r -  
t u l l a .

**ALIMENTO  
MEYER  
ES EL MEJOR**